

CÉSAR TCACH - CELSO RODRÍGUEZ

ARTURO ILLIA:  
UN SUEÑO BREVE

El rol del peronismo y de los Estados Unidos  
en el golpe militar de 1966



## Índice

Prólogo de Robert A. Potash.....	9
Capítulo 1. Illia: del levantamiento armado a la Casa Rosada (1955-1963).....	21
Capítulo 2. Illia y sus espejos: sociedad, partido, gobierno .....	49
Capítulo 3. La oposición dual: dos coaliciones contra Illia.....	79
Capítulo 4. Operativo retorno y elecciones: el doble discurso de la política argentina en tiempos de Illia.....	103
Capítulo 5. Legitimación política y social del golpismo e indefensión radical.....	123
Capítulo 6. La ética no fue el único legado.....	153
Epílogo.....	167
 La argentina de Illia vista con ojos norteamericanos: documentos secretos y reservados de la Embajada y de la CIA.....	 177
 Entrevistas	
Introducción .....	249
Entrevista con Andrés Framini .....	251
Entrevista con Delia Parodi .....	263
Entrevista con Alberto Serú García .....	271
Entrevista con Carlos Contín .....	285
Entrevista con el Dr. Ramón Vázquez .....	291
Entrevista con el Dr. José Antonio Allende .....	297
Entrevista con Francisco Gabrielli .....	305
Entrevista con Juan Roberto Mezzadra .....	313
Entrevista con Enrique Mario Magiochi.....	315
 Fuentes.....	 323
 Agradecimientos.....	 329

## Prólogo de Robert A. Potash

Los interesados en la historia argentina contemporánea podrán preguntarse: ¿Por qué otro libro sobre Arturo Illia y su breve presidencia? La respuesta es que éste no es un libro típico sobre ese período. El lector no sólo encontrará aquí el penetrante análisis que el Dr. César Tcach propone de las fuerzas políticas subyacentes que determinaron el ascenso y la caída de Illia, sino una recopilación única de fuentes primarias, formadas por documentos oficiales de Estados Unidos cuya información era hasta el momento secreta, junto con transcripciones de una serie de entrevistas grabadas a contemporáneos del Dr. Illia. Estas fuentes están disponibles por primera vez en un solo volumen como resultado de las investigaciones realizadas por el fallecido Dr. Celso Rodríguez.

¿Quién era Celso Rodríguez, cómo llegó a interesarse por la historia, y cuál era su propósito al reunir materiales sobre la presidencia de Illia? Nacido en Buenos Aires en 1929 y educado en escuelas públicas, Celso se trasladó a Estados Unidos en 1959 para ocupar el cargo que le ofrecía su empleador argentino, la empresa Dunlop Tire Company, de dueños británicos, en sus oficinas de Buffalo, Nueva York. Allí, mientras trabajaba para Dunlop, Celso se inscribió en las clases nocturnas de la Universidad de Buffalo con la idea de terminar la carrera de contador que había iniciado en la Universidad de Buenos Aires. Tras haber rendido exámenes que lo habilitaban para la última etapa de la carrera, se inscribió para un curso sobre la historia de los Estados Unidos; intrigado por esa experiencia, se inscribió después en un curso sobre América Latina, y de esa manera descubrió, por casualidad, cuál era su verdadera vocación.

Con el estímulo de sus profesores, abandonó sus estudios contables para especializarse en historia y completó el programa de licenciatura y de maestría en la Universidad de Buffalo. Se postuló luego, y fue aceptado,

al programa doctoral de historia de América Latina en la Universidad de Massachussets en Amherst, donde trabajó en estrecha relación con dos profesores: el distinguido colonialista Lewis Hanke, y conmigo, que era especialista en Argentina. En 1974, el año en que se convirtió en ciudadano estadounidense, Celso completó su trabajo de doctorado con una tesis sobre un tema argentino. Pero permaneció en Amherst tres años más, invitado por el profesor Hanke a colaborar en un proyecto de varios volúmenes destinados a publicar los documentos preservados en el Archivo General de las Indias sobre los virreyes coloniales de Perú y Nueva España.

Tras completar ese proyecto, Celso se trasladó a Washington D.C. para trabajar en la OEA. Allí se vinculó estrechamente con el historiador argentino Roberto Etchepareborda, quien dirigía el Departamento de Asuntos Culturales. Luego de la inesperada muerte de Etchepareborda, Celso asumió el cargo de editor de la *Revista Interamericana de Bibliografía*, cargo que conservó hasta su retiro de la OEA en 1994. Fue durante su última década de trabajo en la OEA que empezó a dar forma a lo que se convertiría en su proyecto Illia.

A partir de sus estudios de historia y de la experiencia de haber vivido tanto en Argentina como en Estados Unidos, a Celso lo intrigó la manera en que ambos pueblos se relacionaban con sus respectivas Constituciones. En su investigación doctoral, que dio fruto en el libro *Lencinas y Cantoni: el populismo en tiempos de Yrigoyen* (Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1979), ya había demostrado que Yrigoyen, un presidente elegido democráticamente, había podido, sin embargo, emplear fuerzas militares para destituir gobernadores popularmente elegidos, y lo que este hecho revelaba acerca de la naturaleza del federalismo argentino. Tal vez porque había estado afiliado al partido radical en su juventud, Celso se sintió atraído por la idea de estudiar lo que había ocurrido en la presidencia de Arturo Illia, el primer líder de la UCR que había asumido la presidencia desde Yrigoyen, sólo para ser destituido –al igual que su predecesor– por un golpe militar promovido por fuerzas civiles.

Decidido a investigar cómo habían considerado la presidencia de Illia argentinos de diferentes formaciones y de diferentes regiones del país, en lo referido a su legitimidad, capacidad de conducción, eficacia y logros, Celso ideó una estrategia de investigación en tres partes. La primera parte, que podía cumplir durante sus días libres en Washington, involucraba la

investigación de los registros del Departamento de Estado, en el Archivo Nacional, en busca de materiales referidos a los asuntos internos argentinos. Los veintiocho documentos que localizó, bajo la forma de cables, aerogramas y memorándums de conversaciones que habían sido enviados por la Embajada de EE.UU. en Buenos Aires durante el período que va de octubre de 1963 hasta septiembre de 1966, se reproducen en la segunda sección de este volumen. Traducidos al castellano por su esposa argentina, Nelly Rodríguez, y con comentarios explicativos de César Tcach, estos documentos arrojan luz sobre las actitudes de algunas prominentes figuras del ámbito político y militar argentino hacia su propio gobierno. Una característica inusual de este material es la inclusión de materiales originados por el personal de la CIA destacado en Buenos Aires. Sin embargo, casi todas las comunicaciones procedían del embajador o de la Sección Política de la Embajada.

El segundo componente del proyecto de investigación de Celso involucraba entrevistar a civiles que habían estado políticamente activos durante la presidencia de Illia o que, a causa de sus ocupaciones, tuvieron contacto con él. Durante una serie de visitas a la Argentina, en los meses de agosto del período entre 1985 y 1990, pudo grabar las nueve entrevistas que constituyen la tercera sección de este volumen. Unos años antes, en 1974, había realizado una extensa entrevista a Ricardo Balbín, pero desafortunadamente no estaba disponible y no se pudo incluirla en esta sección.

Como entrevistador con sensibilidad histórica, Celso eligió a personas identificadas con diferentes perspectivas políticas. Así, el lector encontrará dos entrevistas a radicales, tres a peronistas, una a un demócrata cristiano de Córdoba, una a un conservador mendocino, y dos a miembros de la prensa nacional. Por supuesto, como ocurre en cualquier entrevista, el lector debe tener la precaución de no creer a pie juntillas cualquier declaración, no sólo a causa de la tendenciosidad política, sino también porque el transcurso del tiempo suele recubrir con un matiz protector la percepción de los acontecimientos del pasado. Según su conocimiento previo y sus intereses, cada lector encontrará diferentes puntos de interés al examinar los textos completos de estas entrevistas. Sin intentar una enumeración exhaustiva, quiero señalar algunas revelaciones que me llamaron la atención.

Andrés Framini, el sindicalista textil de la línea dura, explica en su entrevista la negativa de los peronistas como él a aceptar la legitimidad del gobierno de Illia; también habla de la estrategia política que sustentaba la

toma de fábricas conocida como el Plan de Lucha, y proporciona muchos detalles sobre el plan para traer a Perón de regreso de su exilio español en 1964, plan conocido como Operación Retorno. Framini fue uno de sus principales promotores, y acompañó a Perón en el vuelo hasta que aterrizó en Río de Janeiro y fue detenido por las autoridades brasileñas. La entrevista de Framini ofrece interesantes comentarios sobre otros líderes sindicales, incluyendo a Augusto Vandor, con quien tenía fuertes diferencias. En el curso de la entrevista, Framini también recuerda el contexto de su exitosa candidatura a la gobernación de Buenos Aires en marzo de 1962, una victoria que, como sabemos, precipitó el derrocamiento del presidente Arturo Frondizi.

La entrevista a Delia Parodi, tal vez la figura más prominente del partido peronista femenino después de la muerte de Evita, la muestra también como peronista de la línea dura. Al igual que otros dirigentes, había sufrido encarcelamiento y persecución a manos de los militares después de la caída de Perón en 1955; y aunque aceptó haber estado sometida a menos presión durante el gobierno de Illia, no obstante siguió siendo una opositora decidida. Como miembro del Consejo superior Peronista, Parodi participó activamente en sus principales decisiones, incluyendo la Operación Retorno, y ofrece al lector detalles adicionales al testimonio de Framini. El lector también puede sentirse intrigado por su insistencia de que uno de los mayores errores cometidos por el gobierno de Illia fue impedir el regreso de Perón en 1964. ¿Qué hubiera pasado si se le hubiera permitido llegar a Buenos Aires?

Alberto Serú García, dirigente del partido neoperonista mendocino, expresa un punto de vista que contrasta intensamente con el de Framini y el de Parodi. Elegido para una banca en la Cámara de diputados, Serú Gracia fue mucho menos hostil hacia el gobierno de Illia. De hecho, a medida que se empezaron a reunir las nubes que presagiaban un inminente golpe militar, Serú García se mostró mucho más dispuesto que sus otros dos correligionarios a hacer un intento de defensa del gobierno civil. Su entrevista ofrece una polémica crónica de la reunión informal de varios diputados neoperonistas en la casa del general Caro, realizada el 24 de junio de 1966, con el leal secretario militar, el general Castro Sánchez. En otra parte he escrito sobre esta reunión, y el relato de Serú García no coincide con los recuerdos del ex-secretario. Fuere lo que fuese que ocurrió, la reunión no hizo nada por

detener el golpe, y en todo caso convenció al comandante en Jefe del Ejército, el general Pistarini, de lanzar el golpe el 27 de junio en vez de esperar hasta septiembre tal como le había prometido a la Marina.

La entrevista a Ramón Vázquez, quien fue Subsecretario de Relaciones Exteriores, ofrece nuevos y valiosos detalles sobre el manejo gubernamental de la Operación Retorno, el intento de los líderes peronistas –como ya mencionamos– de traer a Perón de regreso al país desde su exilio en España en diciembre de 1964. Es bien conocido que el avión de Iberia que traía a bordo a Perón y a otros peronistas hizo una escala técnica en Río, que las autoridades brasileñas no le permitieron despegar durante horas, y que luego le ordenaron regresar a Madrid. Lo que no queda tan claro es cómo vieron los diversos miembros del gobierno de Illia la perspectiva del retorno de Perón. En esta entrevista, Ramón Vázquez señala su oposición a involucrar al gobierno brasileiro en lo que consideraba un problema doméstico argentino; más aún, afirma que tanto el ministro de Defensa Leopoldo Suárez, que actuaba interinamente como ministro del Exterior en ausencia de Zavala Ortiz, como los tres Secretarios de las Fuerzas Armadas, estaban a favor de permitir que el avión continuara con su itinerario previsto. Uno se pregunta si la Fuerza Aérea se hubiera resistido a la tentación de derribarlo. En cualquier caso, fue el ministro del Exterior Zavala Ortiz quien, a su regreso, pidió la intervención del gobierno brasileño. Vázquez renunciaría al ministerio del Exterior tres meses más tarde, luego de otro desacuerdo con Zavala Ortiz.

Como nativo de Córdoba que encabezaba el partido Demócrata Cristiano en el momento de la elección de Illia en 1963, y que una década más tarde fue presidente del Senado tras el retorno de Perón a la presidencia, el Dr. José Antonio Allende estuvo en posición de observar de cerca la personalidad, el carácter y el estilo de gobierno tanto de Illia como de Perón. Por no ser radical ni peronista, en su conversación con Celso Rodríguez, Allende ofrece una visión mucho más equilibrada de Illia que la presentada por los otros entrevistados. Allende no sólo lo ve como un médico-político honesto, con principios y modesto, sino también como un hombre de carácter y con autoridad. Desde la perspectiva de Allende, fue la falta de carisma de Illia –comparado con Perón–, junto con su terca adhesión al código político del radicalismo intransigente, lo que explica su fracaso y su imposibilidad de conseguir el apoyo que lo hubiera mantenido en el cargo.

Ese código prohibía compartir el poder con otros grupos políticos aun cuando ese apoyo había sido esencial para que obtuviera mayoría en el Colegio Electoral. Allende señala que Illia, a quien conocía desde hacía tiempo por ser su comprovinciano y por quien su partido había votado en el Colegio Electoral, se negó a recibirlo en la Casa de Gobierno a pesar de reiterados pedidos. Incluso en la víspera del golpe militar, Illia rechazó su propuesta de unirse a los dirigentes de otros partidos y a sectores civiles para acordar una manifestación pública masiva en defensa de la Constitución.

El ingeniero Francisco Gabrielli proporciona algunas observaciones sobre la presidencia de Illia desde otra perspectiva política más, la de un conservador mendocino. Un pragmático liberal de estilo propio, el ingeniero Gabrielli ha sido tres veces gobernador de Mendoza, pero en cada una de esas oportunidades fue destituido de su cargo por la fuerza por los militares. Electo en 1963 como candidato del partido demócrata de Mendoza, asumió su cargo el mismo día que el presidente. Sus observaciones sobre Illia, con quien no había tenido ningún contacto anterior, fueron en gran medida un reflejo de sus experiencias como gobernador. Tuvo que tratar con las autoridades nacionales dos temas de gran importancia financiera para su provincia: la parte correspondiente, legalmente asignada, de las regalías petroleras, y la proporción correcta de ingresos impositivos cobrados por el gobierno nacional. Gabrielli estableció una relación amistosa con el presidente Illia, a quien consideró honesto, responsable y modesto. Pero, al igual que otros, Gabrielli también lo encontró terco, y recordó los esfuerzos colectivos que hicieron cinco gobernadores para persuadir a Illia, el día antes del golpe, de que hiciera cambios en su gabinete. Entre otras cosas, el lector descubrirá que Gabrielli tiene interesantes comentarios para hacer acerca de las elecciones que Illia hizo para la conformación de su gabinete. Le parece que su administración hubiera funcionado mejor con Leopoldo Suárez en el ministerio del Interior y con Juan Palmero en Defensa, dados sus respectivos temperamentos y capacidades políticas, en vez de haber sido a la inversa. Gabrielli atribuye a estos dos ministros gran parte de la culpa por la caída del gobierno, un juicio que seguramente el lector tendrá que evaluar comparando con otras fuentes.

Entre las entrevistas realizadas por Celso Rodríguez se incluyen dos a miembros de los medios de comunicación, hombres que trabajaban para periódicos de Buenos Aires. Enrique Mario Magiochi, como corresponsal

de *La Nación* en la Casa Rosada, estaba en buena posición para observar al presidente Illia directamente, sobre una base cotidiana. Juan Roberto Mezzadra, un ilustrador e historietista de *Crónica*, vio al presidente en términos más simbólicos. Fue Mezzadra quien tuvo la ocurrencia de dibujar a Illia como una tortuga en una historieta, sin advertir que algo que pretendía ser un comentario gracioso sobre la lentitud del gobierno en la resolución de problemas se convertiría, en manos de sus enemigos, en una poderosa arma destinada a socavar su prestigio.

La entrevista a Magiochi es de particular interés porque arroja luz sobre la rutina cotidiana del presidente, especificando dónde dormía, qué comía y la informalidad con la que trataba a algunos representantes de la prensa al final del día de trabajo. Pero Magiochi también señala que el gobierno carecía de una verdadera oficina de prensa, que Illia no entendía la necesidad de que las comunicaciones públicas estuvieran a cargo de un equipo profesional. En sus reuniones con la prensa, al responder a las preguntas que se le planteaban, el presidente solía dar, a veces, una imagen de confusión. Sin embargo, Magiochi señala que algunas preguntas eran formuladas por pseudoperiodistas, que eran en realidad personal de inteligencia militar que pretendían desprestigiar al presidente. En suma, la entrevista a Magiochi presenta un cuadro del gobierno de Illia que resulta más positivo que negativo. Adjudica a los ministros del gabinete de Illia una alta calificación en el manejo de la economía, la salud pública y las relaciones exteriores. De hecho, caracteriza al Dr. Miguel Zavala Ortiz como uno de los grandes ministros de Relaciones Exteriores del país, una opinión que seguramente exigirá al lector una evaluación más detallada.

El tercero y último componente de la estrategia de investigación de Celso involucraba a la prensa provincial argentina. Después de su retiro de la OEA, él y su esposa Nelly visitaron todas las provincias, desde Jujuy a Tierra del Fuego, creando un archivo de editoriales y noticias de los periódicos locales, con el propósito de compararlo y contrastarlo con las imágenes que presentaban del presidente Illia con las otras, con frecuencia negativa, reflejadas en ciertos periódicos metropolitanos y, especialmente, con las publicadas en revistas semanales como *Primera Plana* y *Confirmado*.

Desafortunadamente, antes de que Celso pudiera producir el libro que había planificado, quedó incapacitado por un tumor cerebral en junio de 1998, y falleció en octubre de 1999. Ansiosa por lograr que se diera

algún uso a los voluminosos materiales reunidos, su viuda Nelly buscó un colaborador que se hiciera cargo del proyecto, y tuvo la buena fortuna de establecer contacto con el profesor César Tcach de la Universidad Nacional de Córdoba. Al cabo de un buen número de conversaciones, Nelly Rodríguez le confió todo el material que había reunido su esposo.

Con frecuencia, la tarea de terminar la obra iniciada por otro especialista suele ser ingrata, pero en este caso no existía ningún manuscrito para completar. Así, el Dr. Tcach pudo empezar desde cero y utilizar el archivo de Celso Rodríguez para complementar su propia extensiva investigación en la preparación de este volumen. Por fortuna, la formación del Dr. Tcach lo convertía en el autor ideal de este emprendimiento. César Tcach se licenció en historia en la Universidad Autónoma de Madrid en 1983 y se doctoró en historia en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) en 1989; luego abordó tareas post-doctorales en ciencias sociales bajo la dirección del famoso sociólogo y educador Francisco Delich. Actualmente, el Dr. Tcach se desempeña como director del Programa de Maestría en Partidos Políticos en el Centro de Estudios Avanzados de la UNC y también como profesor titular de la Escuela de Historia de la Facultad de Filosofía y Humanidades, donde enseña Política Contemporánea de Córdoba. Es autor de *Sabattinismo y Peronismo: Partidos políticos en Córdoba, 1943-1955* (Buenos Aires, Sudamericana, 1991) y de *Amadeo Sabattini: la nación y la isla* (Buenos Aires, FCE, 1999); también es coautor, compilador o coordinador de otros diez libros, y autor de numerosos artículos, capítulos y otras publicaciones.

Empleando su detallado conocimiento de los partidos políticos de Córdoba, el Dr. Tcach explica, en el primero de los cinco bien documentados capítulos que constituyen este estudio, la manera en que Arturo Illia, inicialmente un desconocido en Córdoba, ascendió hasta hacerse prominente dentro del ala sabbatinista del partido radical, ganando la gobernación en 1962, y se convirtió en el candidato presidencial de su partido en las elecciones de julio de 1963. A partir de este capítulo, entendí mejor la actitud de Illia hacia los militares. Aunque se había unido a los dirigentes radicales de Córdoba para dar apoyo al levantamiento militar encabezado por Lonardi en contra de Perón en septiembre de 1955, se negó a abandonar la senda de la legalidad cuando se opuso —y por cierto lo hizo— a las políticas y prácticas del gobierno de Frondizi. A diferencia de otros radicales, Illia nunca fue golpista; más aún, durante la presidencia interina del Dr. José M. Guido,

tuvo buen cuidado de no identificarse ni con los Azules ni con los Colorados, las facciones militares rivales que procuraban determinar las decisiones de Guido. Y eso a pesar del hecho, bien conocido, de que muchos radicales simpatizaban abiertamente con los Colorados, que eran antiperonistas. La postura neutral de Illia, tal como aquí se la explica, facilita entender que más tarde, como presidente, se negara a rehabilitar a los destituidos oficiales Colorados, una medida a la que lo instaban sus correligionarios radicales. Es indudable que debía mostrarse sensible ante el hecho de que el general Onganía y los Azules controlaban el ejército, pero el hecho de no haberse comprometido personalmente con los Colorados lo alivió de cualquier inquietud moral causada por su decisión. Obviamente, no se consideraba en la misma posición de Yrigoyen quien, como presidente durante la década de 1920, decidió recompensar a los militares que antes habían sido degradados por participar en los golpes que el propio Yrigoyen había encabezado. Es posible señalar que esa decisión contribuyó al alejamiento de otros militares y fue, por lo tanto, uno de los factores que determinó la caída de Yrigoyen dos años después de su reelección, en 1930.

En el segundo capítulo, el Dr. Tcach analiza la presidencia de Illia desde diferentes perspectivas, y revela la influencia que ejerció el partido radical de Córdoba sobre su estilo de gobierno. Illia no sólo llegó a Buenos Aires acompañado por sus valores sabbatinistas (incluyendo la convicción de que había que cumplir las promesas hechas en la campaña y desconfiar de todas las alianzas), sino también por más de veinte comprovincianos que fueron nombrados en cargos clave del poder ejecutivo y en el ámbito parlamentario. El contraste con el estilo de gobierno de Arturo Frondizi, tanto con respecto a las promesas de la campaña como en su disposición a sellar alianzas, no podría haber sido más agudo. En este capítulo, el Dr. Tcach revela su íntimo conocimiento de la historia interna del partido radical de Córdoba, y de las cambiantes relaciones entre sus personalidades clave, conocimiento que, según creo, muy pocos poseen fuera de él.

El tercer capítulo está dedicado a analizar la oposición que el presidente Illia debió enfrentar al implementar sus promesas de renacionalizar la industria petrolera, controlar la industria farmacéutica y garantizar a todo el mundo un salario digno. En este caso el Dr. Tcach, familiarizado con el enfoque de la ciencia política, plantea la idea de que la oposición estuvo constituida por dos coaliciones informales: una con las organizaciones

sindicales, dominadas por un núcleo peronista y una variedad de partidos que compartían una orientación nacionalista popular, y la otra centrada en las entidades corporativas que representaban los intereses de los empleadores, rurales e industriales, con su enfoque liberal conservador, y los diversos partidos provinciales o federaciones conservadoras. Con este enfoque, el autor considera que el gobierno de Illia intentó ser una fuerza moderadora o equilibrante, pero desafortunadamente no tuvo éxito. Las políticas sociales y económicas que pretendían ganar el apoyo de las clases trabajadoras, aun a riesgo de despertar la hostilidad de los sectores empresariales, no consiguieron reducir el poder de los líderes sindicales peronistas ni atenuar su hostilidad. Los tardíos esfuerzos tendientes a debilitar la fuente de su poder por medio de la enmienda de los estatutos sindicales sólo sirvieron para empujar a muchos sindicalistas a las filas de los golpistas.

En el cuarto capítulo, el Dr. Tcach se concentra en el “doble discurso” de los peronistas, especialmente en el intento maquiavélico del sindicalista Vandor por lograr independizarse de Perón. Esta lucha interna de las filas peronistas sólo consiguió intensificar los temores de los civiles y militares antiperonistas, y contribuyó a la “militarización” de la vida política Argentina —tema del último capítulo—, proceso que culminó en el golpe que puso fin a la presidencia de Illia.

En el transcurso del texto, el Dr. Tcach, con ayuda del archivo Rodríguez, ofrece respuestas convincentes a muchas de las preguntas que han formulado los estudiosos de la presidencia de Illia, como por ejemplo: qué influencia ejerció Ricardo Balbín en la toma de decisiones; cómo reaccionaron los Estados Unidos ante las políticas de Illia; por qué se negó a establecer alianzas políticas que podrían haber fortalecido su posición; cómo esperaba atraer el apoyo obrero; por qué se oponía a emplear un secretario de prensa permanente para proyectar una imagen positiva de su gobierno.

El Arturo Illia que emerge de este estudio es más complejo que el pasivo presidente que describí en mi propia obra. Honesto, decente, a veces decisivo, fue un líder político cuyos valores pueden remontarse a Sabbatini e Yrigoyen pero que no pudo o no quiso adaptar su estilo político a los requerimientos de una época diferente. Sin embargo, al apreciar la enorme cantidad de fuerzas que actuaban en su contra, ¿acaso hubiera existido una manera, incluyendo el sacrificio de sus principios, en la que Illia hubiera podido salvar su presidencia? De esta pregunta se ocupa el Dr. Tcach en

el epílogo, donde plantea además un tema importante de interpretación histórica. ¿La “violencia desde arriba” que rechazó los esfuerzos de Illia por gobernar democráticamente no sirvió, a los ojos de una generación más joven, para legitimar la “violencia desde abajo” que, paradójicamente, destruyó aún más la fe en la democracia política? Los lectores de este libro enfrentarán el desafío que implica llegar a sus propias conclusiones al respecto.

César Tcach y Celso Rodríguez nunca tuvieron la oportunidad de conocerse en persona ni de comunicarse entre sí. Como historiadores, habían tenido formaciones diferentes y diferente orientación, uno con un enfoque multidisciplinario; el otro, más tradicional. Pero cada uno en su estilo particular, como co-autores, ambos han contribuido a plasmar un volumen que arroja nueva luz sobre un período breve pero importante para entender el demorado desarrollo de la democracia argentina.

Robert A. Potash\*

\* Profesor Emérito de Historia, University of Massachusetts Amherst, Académico Correspondiente, Academia Nacional de Historia.